

LA CIUDAD COMO ARQUETIPO. LITERATURA, HISTORIA Y ARTE



Título: *La ciudad como arquetipo.*

Literatura, historia y arte

Autor: Guadalupe Fernández Ariza (coord.)

Editorial: Libros Pórtico. Colección de Estudios Latinoamericanos

Año de edición: 2019

ISBN: 9788479561789

La publicación que lleva por título *La ciudad como arquetipo. Literatura, historia y arte* encuentra su génesis en el seminario homónimo celebrado en Málaga el pasado septiembre de 2018, resultado de la colaboración entre la Cátedra Vargas Llosa y el Aula María Zambrano de la Universidad de Málaga. En su clausura contaron con la presencia de Mario Vargas Llosa y Juan Manuel Bonet y antes, coordinadas por Guadalupe Fernández Ariza, se fueron sucediendo las intervenciones de María Pilar Linde, Antonio Jiménez Millán y Cristóbal Macías desde la Universidad de Málaga, el escritor Alfredo Taján y Teodosio Fernández desde la Universidad Autónoma de Madrid, y Fernando Rodríguez Lafuente desde el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset. Estas aportaciones quedaron recogidas en el estudio que reseñamos. La visión de la ciudad en tanto escenario del drama moderno humano desde la literatura de fin de siglo hasta nuestros días, la hegemonía de París o Buenos Aires como mitos literarios quedan fijados aquí en tanto ámbitos resultantes de la superposición de distintos estratos artísticos e históricos.

«Modelos de ciudad en el *fin de siglo*. Decadentismo y hermetismo” aborda los modelos urbanos de Leopoldo Lugones: París y Londres, símbolos de los placeres tan amados por el *fin de siglo*, pero también del misticismo. María Pilar Linde dispone el acento literario sobre «La lluvia de fuego», perteneciente a *Las fuerzas extrañas* (1906), y analiza el arquetipo urbano de Lugones, envolviendo mu-

sicalmente la decadencia que alberga el tópico de «la ciudad muerta», bajo la forma del cataclismo y la destrucción que se despliega ante la mirada de un dandi finisecular. Escenario de teosofías y diseños hermeticos, el enfoque se completa con «El milagro de san Wilfrido», donde la autora enfatiza la manera en que Lugones ha transitado desde el tópico de «la ciudad muerta» a «la ciudad mártir».

Antonio Jiménez Millán, en su artículo «La ciudad en la poesía contemporánea (de Baudelaire a Federico García Lorca)», acota el tiempo desde el *fin de siglo* hasta 1932, fecha en la que el poeta granadino pro-

nuncia en Barcelona una conferencia donde evoca el espacio de Nueva York visitado en 1929. Pero el origen del recorrido ha de ubicarse de nuevo en la capital francesa de Baudelaire, en *Las flores del mal* o *El spleen de París*, y desde ahí avanza a 1913 para destacar la imagen de la angustia que lo urbano sugiere a Constantino Cavafis, y se detiene en la década de 1920 para contemplar la ciudad bajo los ojos del surrealismo de Louis Aragon y André Breton, una mirada similar a la ofrecida por Marinetti en el *Primer manifiesto* de 1909. Sin salir de Europa, la poesía de Fernando Pessoa concita la imagen de Lisboa, la ciudad en la que habita el primer heterónimo de *Los poemas de Álvaro de Campos*, un espacio bien distinto al *Libro del desasosiego* de Bernardo Soares. En los años de la Primera Guerra Mundial se acentuará la visión negativa de la ciudad y se proyectará hasta los años posteriores, hasta la obra de Francis Scott Fitzgerald cuando publica *A este lado del paraíso* en 1924, dibujando un París de sombras similar a la visión negativa del Londres de T. S. Elliot.

Las aportaciones de Alfredo Taján en «Buenos Aires, 1925» quedan condensadas en su título, indicativo del papel fundamental que la gran metrópoli latinoamericana asume en la década de 1920 en cuanto a la regencia hispanoamericana de las vanguardias. El escritor va discurriendo por las grandes avenidas de la capital, deambulando como un *flâneur* latinoamericano por la ciudad de Xul Solar y Emilio Pettoruti, directrices ineludibles de las vanguardias plásticas, tras su paralelo itinerario de formación europeo de la mano de Picasso o Juan Gris. Haciendo gala de una gran erudición, el autor evoca la figura de Nora Borges, la ilustradora de los poemarios de Rafael Alberti y Juan Ramón Jiménez, vinculando las dos orillas; es la ciudad fotografiada por Horacio Coppola, capaz de afrontar y superar los grandes modelos europeos como París o Londres.

Esta misma ciudad es protagonista de las aportaciones críticas de Teodosio Fernández, «Las ciudades de Borges», un análisis muy documentado a partir de una amplia selección de textos borgeanos centrada en poemas y ensayos, aunque sin obviar relatos como «El hombre de la esquina rosada». La capital argentina constituye el ámbito fundamental donde Borges asume un espacio poético asociado a sus personales relaciones con el tiempo, optando en esta ocasión por una de las vertientes posibles del escritor, plasmada en unos textos que fueron capaces de «captar el alma» de Buenos Aires: la ciudad que enmarca la vivencia del primer amor y que rescata los barrios porteños de casas bajas, de zaguanes, espacios alejados de la «geometral» capital. El autor demuestra en este artículo un gran conocimiento de la geografía lírica y biográfica, así

como del espacio personal que Borges elige como escenario de sus ficciones literarias y para ello acude al Buenos Aires construido en los límites urbanos, dibujando el rostro de una ciudad que respira más allá de las frías líneas verticales de la arquitectura.

La literatura argentina encuentra una nueva propuesta en el artículo de Cristóbal Macías Villalobos «La ciudad en las novelas históricas de Manuel Mujica Láinez». Allí se acota el análisis del diseño urbano en la novela *El unicornio*. Al objeto de establecer una disposición literaria, se concluye oponiendo la ciudad de Occidente, Poitiers, imagen de la «ciudad en construcción», frente a la ciudad de Oriente, la Jerusalén de las Cruzadas, paradigma de la «ciudad en decadencia», contemplada en los instantes previos a su destrucción definitiva. Estas ciudades nucleares se complementan con otras subsidiarias como París o Baucaire en el ámbito occidental o Petra y Antioquía para el mundo oriental. En ambos enclaves destaca el autor la manera en que lo urbano queda rodeado por un escenario de lo fantástico que se concreta en el bosque y el desierto, espacios naturales que enmarcan edificios paradigmáticos, como el castillo construido por el hada, frente a la suntuosidad del palacio-fortaleza oriental, imagen del lujo tan del gusto finisecular que avalaría la filiación neomodernista del narrador argentino.

«Las ciudades literarias: Alejo Carpentier y Mario Vargas Llosa» propone una lectura de los modelos urbanos de estos autores fundamentales. Partiendo del arquetipo literario originalmente fijado en Troya, Fernández Ariza subraya cómo Alejo Carpentier se lanza a la búsqueda de las ciudades hispanoamericanas con el objetivo de equipararlas a las grandes ciudades europeas, esto es, el París de *fin de siglo*, Londres, pero también Nueva York como gran protagonista del progreso. *Los pasos perdidos* dibuja un itinerario de búsqueda emprendido desde la metrópoli, causante de la pérdida de la capacidad creativa del artista, para iniciar un camino hasta el origen. *El reino de este mundo* significaba para Carpentier la elección de la ciudad en tanto escenario de las grandes revoluciones de la historia, al igual que en *El siglo de las luces*, expuesta siempre a la mirada de un contemplador, recobra vida literaria el modelo construido sobre las fuentes de la tragedia griega, en paralelo con el arte. Desplazando al lector desde el Caribe a Perú, en la visión de Lima de *La ciudad y los perros* se asiste a un micromundo representativo de la sociedad limeña, inscrito entre los muros del colegio Leoncio Prado, bien opuesto a la ciudad en tanto proyección de la identidad y la libertad del personaje; sin embargo, será *Conversación en la Catedral* la ciudad que albergue escondidos toda una

serie de signos codificados en la literatura y el arte, símbolos que permiten descifrar el hastío mientras proyectan en el espejo la derrota de estos personajes que sufren, angustiados bajo el peso de la historia.

Fernando Rodríguez Lafuente aporta en su estudio «Vargas Llosa, las ciudades y los tiempos» una profunda reflexión sobre la creación novelística del escritor para, en un segundo término, disponer el foco sobre la configuración de los espacios en su novela. La intrahistoria unamuniana, la presencia de Ortega conjugada con las influencias de Miguel de Cervantes, pero también de Flaubert, Tolstoi, Dickens o Thomas Mann, convergen en un producto artístico que sitúa al lector ante una galería de personajes marginales, extraviados, perdidos «ante la metáfora de una derrota», ante la angustia definitiva del siglo XX. El crítico detiene su discurso en obras capitales que abarcan desde *Conversación en la Catedral* hasta *El héroe discreto*. Avanzando hacia el tema que vertebra nuestra serie de artículos, Rodríguez Lafuente caracteriza a Vargas Llosa como un escritor «eminentemente urbano», donde confluyen los universales del espacio y del tiempo en el asentamiento de una topografía literaria que, en virtud de su capacidad fabuladora, va disponiendo en sus novelas los parámetros de nuevas mitologías urbanas que condicionarán las posteriores visiones de la ciudad.

Finalmente, durante la sesión de clausura, el diálogo desarrollado entre Mario Vargas Llosa y Juan Manuel Bonet, moderado por Guadalupe Fernández Ariza, fue desplegando sucesivas imágenes de un París poblado de referencias literarias y

artísticas, involucrando al oyente en un paseo por la ciudad de Alejandro Dumas y de Balzac, dos lecturas que ya acompañaban al premio Nobel antes de llegar a esta capital europea. Bajo la forma de una charla que transcurre en un ritmo ágil, queda fijada la visión de esta ciudad como producto cultural de la superposición de diferentes estratos artísticos, cristalizada sobre mitos y leyendas creados en gran medida por los escritores que la consagraron. Ambos coinciden en la importancia fundamental de París en Europa y de Buenos Aires en América, a pesar de orillar a Lima, la ciudad que en confesiones de Vargas Llosa acogió su adolescencia desdichada en lo personal y en lo político. La presencia de Málaga, la Ciudad del Paraíso de 1927 destacada por Juan Manuel Bonet en tanto imagen que unifica las dos orillas, se duplicaría en el espejo del Buenos Aires reflejado por Julio Cortázar en el cuento *El otro cielo*, donde el protagonista se adentra en una galería de la capital argentina y desemboca en el París de Lautréamont. Ambos interlocutores concluyen que París es la ciudad prototípica, la ciudad de Racine, de Baudelaire y de Cocteau, la ciudad sobre la que los escritores relatan crónicas, que cierran las evocaciones de Mario Vargas Llosa al recordar el Madrid de Benito Pérez Galdós, las calles que aún podían recorrerse fieles a *Fortunata* y *Jacinta* cuando llegó como estudiante en 1958.

Lourdes Blanco Fresnadillo
Doctora en Filología (España)